

Hay manos que me cobijan

Hola, soy Susana, sí, a veces ésa del sana sana colita de rana, pero soy esa de susana distancia, lo siento, tampoco susana indiferencia ni suzanahoria poniendo el sebo para ir tras algo. Soy Susana, la que no usa guantes para dar terapias porque desde hace 10 años que inicié en esto considero que tanto plástico ni ayuda y sólo contribuye a la contaminación, pero además, los guantes me impiden traspasar la piel y llegar a los pensamientos significativos que forman parte de una contractura o sostienen la masa sólida de grasa que lastima o anuda las articulaciones incapaces de moverse.

Soy esa Susana que se cuida a diario porque tiene una familia y pacientes confiados en que ella los habrá de ayudar en caso necesario. Uso plata coloidal, esencias como Tea Trea e imanes para espantar a los malos bichos, éstos que al desequilibrarse en un organismo provocan enfermedades y nos sacan de quicio. A veces uso cloro, no mucho porque el olor es demasiado intenso y nos lastima en casa. A la antigüita, usamos bicarbonato y vinagre blanco para la limpieza... claro, por supuesto, agua y jabón zote y roma porque son biodegradables. Mantengo lo más limpio posible mi casa y lugar de trabajo. Si salgo, uso el cubrebocas y mi plata coloidal, por supuesto.

Durante las terapias no uso cubrebocas porque ni puedo respirar y sudo más (el goteo podría dar más susto, ¿no?), por si las dudas, tengo mi humidificador ultrasónico con aceites esenciales espantabichos. Cuido mi alimentación, la de mi familia y creo firmemente en que a diario hay mucho por hacer para cuidarnos todos y hacerle frente a esta nueva cepa de virus que nos alteran el corazón y el alma... Tal vez, pronto use algún sanitizante para tranquilidad de mis visitantes y mía, por supuesto porque como a casi todos, más que salir por la zanahoria hay que perseguir la chuleta. Si como algunos, tuviera beca, me lanzaría a rascarme la barriga llena de papas fritas de marca... pero no me gustan las frituras y una beca suena a comprar un billete de lotería.

Ya pasé por la etapa del desánimo, del dormir casi todo el día porque mi cuerpo se puso en huelga y ni hambre le daba. Dejé de mirar el teléfono a cada rato esperando infructuosamente los mensajes solicitando cita para masaje. Llené el Facebook de frases "inteligentes", memes, estampitas con verdades a medias y mensajes de protesta. Puse corazones, caritas alegres, tristes y de sorpresa, claro, también hice mi avatar con barba y luego calva tratando de ser chistosa, pero sólo unos cuantos me entendieron, en cambio, cuando cambié a la figurita toda linda y sonriente cayeron las alabanzas y los aplausos.

Hice un par de videos enseñando lo que hago, pero creo que pocos me entendieron porque no hablo bonito ni toco suavcito, es más, ni me maquillé ni peiné para el glamour de salir en pantalla. Había poca luz y no tengo lámpara que ilumine las oscuridades de mi personalidad. En fin, de todos modos confirmé que mis escasos admiradores me siguen admirando y yo recibo con gusto los aplausos que me levantan el ánimo, pero no por el confinamiento, porque la verdad aprecio los silencios que da la soledad. Aunque perderse en medio de una multitud anónima también llega a ser gratificante.

De nueva cuenta mi amiga me ha dicho que sigue sorprendida porque una mujer tan talentosa como yo, con tantas habilidades como las que yo tengo no encuentre la manera

de ser exitosa y tener el dinero suficiente o el trabajo estable y reconocido que le permita vivir una pandemia de este tipo sin problemas económicos. Deveras, ¿cómo siendo tan inteligente tengo tantas carencias?, se pregunta. No te creas, yo también me cuestiono cómo es posible... Mi padre, con cierta ironía y burla en el tono, seguido me lo preguntaba, y mi ex marido (concubino es la palabra oficial), y un par de amigos, ¿cómo es que siendo tan inteligente eres tan tonta? Vaya, cuando compañeros universitarios están pensando en el momento ideal para la jubilación, yo disfruto de unas vacaciones solidarias luego de 25 años de correr sin respiro para la manutención de mi progeñe.

Quizá, tal vez, posiblemente haya utilizado mi inteligencia para no morir durante esos embarazos de alto riesgo o cuando me dediqué a romper los pronósticos de incapacidad permanente en mi pequeño hijo o rescatando un padre desahuciado para mi hija (que ah, cómo amaba a su padre) o rescatándome a mí misma cuando me destruyeron unas cuantas neuronas con anestesia mal colocada o ayudando a mi madre a vivir algunos años más o huyendo de propuestas indecorosas en distintos trabajos. Es probable que la inteligencia no me haya hecho destacar en línea recta.

Dos meses antes del sismo de septiembre de 2017 me enfermé al punto de no poder trabajar porque simplemente no pude moverme, mi espalda se paralizó, en el proceso además me dio una gripe muy extraña y mi estómago colapsó, así es que tuve que dejar de trabajar guardada en casita bajo tratamientos alternativos que yo misma me daba. Justo cuando anuncié que ya estaba disponible para el trabajo, llega el temblor y mueve las tuberías de mi departamento, aunque el edificio queda intacto. Debía rentas y tenía que mudarme, pero no sin pagar. Sentí que el mundo se me venía encima.

Como lo único que sé hacer es trabajar, di tantas terapias como me fue posible para seguir adelante, pagar deudas haciéndome de más deudas y mudarme. Cuando casi salgo de esos compromisos, a finales de 2018 enferma gravemente el padre de mis hijos, fallece en enero, y de nuevo tengo que dejar de trabajar para arreglar documentos de asuntos que él dejara pendientes, así es que córrele si quieres que lo justo se cumpla.

Luego ¿qué crees? a los quince días fallece mi papá y ¡sorpresa! (mi madre habría dicho "en vejez, viruela"), resulta que se había vuelto a casar y la viuda reclamaba la casa que mi madre y él compraron para nosotras, sus hijas. Sí, adivinaste, córrele si quieres que lo justo se cumpla. La linda mujer fingió no saber la existencia del testamento, escondió documentos, nos chantajeó y encima quería que liquidáramos gastos ya pagados por mi padre. Así es, toda una telenovela llena de chismes y confabulaciones entre familiares deseosos de quedarse con una propiedad... ¿Algo más? Sí, tengo una hermana esquizofrénica a quien querían echar de su casa, es decir, la nuestra... De nuevo, córrele que con semejante enferma no puedes si tú también te enfermas. Y se me fue todo un año en correr por unos y otras, pero implícitamente por mí.

Y cuando faltaba un paso para cantar victoria, llega una pandemia que paraliza todo y a todos. Me desvanecí. No lloré porque algo sucede que no lloro, pero me hice bolita bajo la sábana, hablé con mi madre pidiéndole orientación desde el cielo y me dejé caer,

sabiendo que no puse red para evitar los daños del golpe... Para mi sorpresa surge la magia.

Un hombre que atendí hace un par de años me pide mi número de cuenta para depositarme lo de varios masajes por adelantado como agradecimiento de lo que un día hice por él. Una mujer me dice que si yo supiera lo que hice por ella me sentiría desatendida, pero me mandaba un dinerito dentro de sus posibilidades. Una amiga me manda una despensa. Una de mis hermanas negocia una de mis deudas y las otras me invitan a comer o me mandan despensa. Mágicamente me llega otro depósito a mi cuenta y el administrador del edificio toca a mi puerta para decirme que no me preocupe, con que no se me olvide que les debo, me pide que no me exponga y con calma organice mi regreso a la vida productiva.

Cada semana recibo a una persona distinta para masaje. Es como si se pusieran de acuerdo y calcularan que al menos comida debe haber en mi mesa y los servicios indispensables. Con las contribuciones iniciales pagué colegiaturas para que mi hijos sigan estudiando en línea y aprovecho algunas transmisiones gratuitas para ganar ideas y prepararme a hacer cambios en cuanto a la productividad.

Ya cociné, limpié, revisé mi pasado, bailé con mi música favorita, aprendí a meditar de manera activa y vuelvo a mí para darme cuenta que desde hacía 25 años no me dedicaba tiempo, que tenía intensas heridas por sanar y motivos para llorar... Ahora lo escribo y recordando la generosidad de las personas, lloro. Lloro, me abrazo y mi cuerpo se estira, se relaja y ya no busca hacerse bolita, pues siento manos que me cobijan.